

Comte. Porque ello es cierto que en Hume se hallan, ó en germen ó explícitamente, todas las tesis fundamentales del positivismo contemporáneo, incluso el materialista. Que la razón y la ciencia nada nos dicen ni pueden decir acerca de la esencia del alma y de su espiritualidad, acerca de Dios, de la vida futura, del origen del mundo, con otras semejantes hipótesis metafísicas y teológicas: que la inteligencia humana, con sus diferentes funciones, incluso el raciocinio, no tienen otro origen que la asociación de ideas (*derivent de la même origine, c'est-à-dire l'association des idées à une impression présente*) en relación con las impresiones de los objetos y la sensibilidad: que nuestra ciencia se reduce al terreno de los fenómenos y de la experiencia sensible, sin poder salir de esta última ni conocer la realidad trascendente: que nuestros conocimientos son meramente relativos, y no pueden salir de este círculo para entrar en el terreno propiamente filosófico, ni conocer lo absoluto: que el vicio y la virtud son meras sensaciones, como el calor y el frío: que lo que se llama libertad humana no existe realmente, sino sólo en apariencia, reinando en el hombre, lo mismo que en la materia, el determinismo absoluto: he aquí afirmaciones é ideas que, en unión con algunas no menos positivistas, se encuentran diseminadas y defendidas en los escritos de Hume. Así, no es de extrañar que el patriarca del positivismo le haya concedido lugar preferente en su curioso *Calendario* (1), y

(1) Sabido es que Comte escribió un *Calendario positivista*, distribuido en trece meses, de veintiocho días cada uno, destinado á conmemorar los nombres de los que se distinguieron en las ciencias y la Filosofía, contribuyendo á sus progresos con sus actos ó con sus

que uno de los biógrafos y comentaristas del filósofo escocés confiese que, si éste tiene en contra «á todos los filósofos metafísicos que conceden preferente atención á las cuestiones trascendentales y suprasensibles», en cambio tiene en su favor «á todos aquellos que se ocupan con preferencia en las investigaciones positivas y excluyen ó niegan aquellas entidades y facultades» en que se ocupaba antes la Filosofía y se ocupa hoy todavía la metafísica.

§ 79.

LA ESCUELA ESCOCESA.

Ya en los primeros años del siglo xvii, y mientras Bacon colocaba á la Filosofía en la corriente empírico-sensualista que, andando el tiempo, debía producir á Locke y Hume, vió la luz pública (1624) una obra en que se llamaba la atención sobre la necesidad de observar y clasificar los fenómenos y actos del alma, sobre la existencia de nociones debidas á la acción espontánea é instintiva de la razón, y sobre la realidad é importancia científica de ciertas verdades primeras y naturales, que constituyen la base y fondo de lo

escritos. Comte coloca el mes oncenso de este *Calendario* bajo el patronato general de Descartes; distribuye sus días ordinarios, ó, como si dijéramos, de trabajo, entre los filósofos modernos, sin distinción de partidos, Hobbes, Locke, Pascal, Kant, De Maistre, Cabanis, etc., pero reservando los cuatro domingos, como días privilegiados y sitios de honor, para cuatro filósofos superiores, siendo uno de ellos Hume, que figura al lado de Santo Tomás, Bacon y Leibnitz.

que se llama, no sin razón, Filosofía del sentido común. *Herbert* (1584-1648) es el nombre de este filósofo, cuya obra se intitula: *De veritate prout distinguitur a revelatione, a verisimili, a possibili, et a falso*. La doctrina del filósofo inglés, muy análoga en el fondo á la de la escuela escocesa, permaneció sin eco hasta que *Hutcheson*, primero (1694-1747), y más tarde, *Reid* (1710-1796) la reprodujeron, completándola y sistematizándola en lo que se llama *escuela escocesa*. Pero si *Herbert* representa, por decirlo así, el origen cronológico de esta escuela, *Locke* y *Hume* representan su origen filosófico y como su razón suficiente, porque la escuela escocesa representa un movimiento de reacción contra el escepticismo de *Hume*, procedente á su vez del sensualismo de *Locke*, y también un movimiento de derivación de la doctrina del mismo *Hume*, en la parte que se refiere al asentimiento que da el hombre á ciertas verdades, en fuerza del instinto natural que á ello le impulsa.

En efecto: *Tomás Reid*, representante principal y el más completo de la escuela escocesa, al examinar el escepticismo desesperante de su compatriota *Hume*, reconoció fácilmente que lo que constituía la base real y la premisa lógica del sistema era la teoría sensualista de *Locke*. Una vez convencido de esto, *Reid* emprendió una crítica exacta y concienzuda de la teoría ideológica de *Locke*, poniendo de manifiesto los puntos flacos de la misma, y demostrando á la vez que los fundamentos en que estribaba el escepticismo de *Hume* carecían de solidez y de valor real.

He aquí las conclusiones principales á que llegó *Reid* en su crítica y en sus investigaciones, conclusio-

nes que representan y constituyen la doctrina de la escuela escocesa.

La sensación, á la cual *Locke* atribuye el origen de todas nuestras ideas, no es un fenómeno simple, como supone el autor del *Ensayo sobre el entendimiento humano*, sino un fenómeno complejo. Cuando experimento ó siento el olor A, por ejemplo, deben distinguirse tres cosas: 1.^a, la sensación como sensación, ó sea como afección determinada y distinta de la sensación del sabor, del olor B, etc.; 2.^a, el acto por medio del cual juzgo y afirmo que esta sensación está en mí, en un ser-sujeto; 3.^a, el acto mediante el cual juzgo y afirmo que esta sensación es *producida por alguna causa*. Siento el olor A, juzgo que este olor existe en mí ó lo experimento yo, y juzgo que es producido por alguna causa. Luego hay aquí tres actos, y, lo que hace más á nuestro propósito, tres nociones ó ideas: la idea de sensación, la idea de ser ó sujeto, y la idea de causa. La observación ó experiencia es el origen de la idea de sensación, como lo es de la misma sensación; pero no lo es de las ideas de ser-sujeto y de causa, como tampoco lo es de los dos juicios que acompañan á la sensación. Luego ni todas las ideas deben su origen á las sensaciones, aunque éstas sean sus ocasiones, ni todos los juicios son comparación de ideas recibidas de los sentidos, como pretende *Locke*.

Reflexionando sobre estos juicios particulares é instintivos que acompañan á las sensaciones, se descubre que son aplicaciones de ciertas verdades universales que existen en nuestro espíritu *a priori*, ó sea con independencia y anterioridad á toda experiencia y observación. Cuando juzgamos que el olor A que sen-

timos está en un ser, y que es producido por alguna causa externa, estos dos juicios no son más que aplicaciones y conclusiones de juicios ó principios generales en que afirmamos que toda modificación supone un sujeto, y todo efecto supone una causa. Y como quiera que estos juicios ó verdades universales sirven de norma á los juicios particulares que acompañan á nuestras primeras sensaciones, será preciso reconocer y afirmar que estas verdades son leyes fundamentales y primitivas de nuestra razón, son como partes integrantes de nuestra constitución intelectual.

Entre los representantes y partidarios de la escuela escocesa, unos apellidan á estas verdades *creencias primitivas*; otros les dan el nombre de *principios de la creencia humana*; quién las llama *leyes fundamentales de la inteligencia*, y quién las denomina *verdades de sentido común*. Obsérvase también entre los mismos autores variedad de nombres para significar la facultad del espíritu humano, en virtud de la cual conocemos y afirmamos de una manera necesaria estas verdades generales y los juicios instintivos que acompañan á las sensaciones; pues mientras Reid la apellida *facultad de inspiración y de sugestión*, Beattie le da el nombre general de *sentido común*, y Dugald-Stewart la denomina *facultad de intuición*.

Base y á la vez resultado y aplicación de la precedente teoría, que constituye el carácter distintivo y el nervio de la escuela escocesa, es la enumeración más ó menos completa, el análisis, la clasificación más ó menos exacta de las facultades y funciones del espíritu humano. Para llevar á cabo esta empresa echó mano la escuela escocesa, no solamente del análisis concien-

zudo y directo de aquellas facultades y funciones, sino del estudio del lenguaje, como expresión connatural de las ideas, tomando en consideración también, por una parte, los datos suministrados por la historia de la Filosofía, y, por otra, las opiniones y creencias generales del género humano en el orden especulativo y en el orden moral.

De aquí sus afirmaciones acerca de la legitimidad de todas nuestras facultades en orden á la verdad y acerca de la evidencia que acompaña á sus funciones. De aquí su doctrina acerca del sentido común, el cual es aquel género ó grado de juicio que es común á todos los hombres (*ce degré de jugement qui est commun à tous les hommes*), ó sea el juicio que se refiere á los primeros principios ó verdades de evidencia racional inmediata, y que representa la función primitiva y fundamental de la razón humana, sirviendo de base y de punto de partida á ésta en cuanto facultad de raciocinio ó discurso (1); de manera que lo que la escuela escocesa llama *sentido común*, es ni más ni menos que lo que Santo Tomás llamaba *inteligencia* y también entendimiento (*intelligentia, intellectus*), en cuanto superior á la razón; en cuanto significa la función primitiva de la facultad intelectual del hombre y la posesión de los primeros principios (*habitus primorum principiorum, synderesis*), cuyo conocimiento es común á todos los hombres, y que sirven de base y punto de partida

(1) «Nous attribuons à la raison deux offices ou deux degrés: l'un consiste à juger des choses évidentes par elles-mêmes; l'autre à tirer de ces jugements des conséquences qui ne sont pas évidentes par elles-mêmes. Le premier est la fonction propre et la seule fonction du sens commun.» *Œuvres complètes de Th. Reid*, t. v, cap. III.

para raciocinar ó discurrir, que es la función propia de la *razón* como razón.

Sabido es que esta escuela apellida *sentido moral* á la facultad por medio de la cual adquirimos las nociones de bien y mal y reconocemos la moralidad (*non seulement nous acquerons la notion du bien et de mal en général, mais encore nous reconnaissons que certains actes sont bons et certains mauveais*) de los actos humanos. Sabido es también que esta escuela, so pretexto de no salir del estrecho círculo de la observación de los fenómenos y leyes del espíritu humano, ó pone en duda, ó guarda silencio acerca de las grandes verdades que se refieren al origen, naturaleza y atributos del alma del hombre.

Además de los ya citados Hutcheson y Reid, los representantes más notables de la escuela escocesa son *Fergusson* (1724-1816), profesor de Edimburgo; *Beattie* (1735-1803), que enseñó en la universidad de Aberdeen; *Dugald-Stewart* (1753-1828), autor de muchas obras y profesor de matemáticas y de Filosofía moral en la universidad de Edimburgo.

§ 80.

HAMILTON.

William Hamilton (1788-1856), perteneciente á una antigua é ilustre familia, comenzó sus estudios en la universidad de Glasgow y los terminó en la de Oxford, dando pruebas en una y otra universidad de su gran talento y aficiones filosóficas. Después de regentar por

espacio de bastantes años la cátedra de Derecho escocés y civil en la universidad de Edimburgo, hizo oposición en 1836 á la de *Lógica y metafísica*, vacante por fallecimiento de Ritchie, siendo de notar que Cousin, cuyas doctrinas había impugnado Hamilton años atrás, contribuyó eficazmente con sus recomendaciones á que éste fuera preferido á sus coopositores.

La vida filosófico-literaria de Hamilton abraza dos períodos diferentes. Pertenecen al primero sus escritos contra la frenología, su refutación de la Filosofía del Absoluto de Schelling y Cousin, su refutación de la teoría de Brown acerca de la percepción, y sus observaciones sobre la lógica. Pertenecen al segundo sus *Lecciones de metafísica*, sus *Elementos de la Filosofía del Espíritu* y su *Bosquejo de Filosofía moral*, sin contar otras de menor importancia.

Aunque el fondo de la Filosofía de Hamilton, especialmente durante el primer período, es la doctrina de la escuela escocesa, ésta sufrió sucesivamente, bajo su pluma, notables transformaciones, acentuadas éstas en los últimos años de su vida filosófica. Después de reconocer y afirmar con la antigua escuela escocesa, que lo incondicional y absoluto no puede ser conocido ni concebido por nosotros, y que todo lo que el hombre puede conocer del mundo externo ó del no yo es puramente relativo, y después de rechazar la teoría de Brown acerca de la percepción representativa, defendiendo la conciencia inmediata y la percepción intuitiva de Reid, Hamilton comienza á separarse, ó, mejor dicho, empieza á completar la escuela escocesa, poniendo de manifiesto la importancia superior de la lógica y la necesidad de cultivar el estudio de esta cien-

cia, tan olvidada y hasta menospreciada por aquella escuela. Sagaces y atinadas son las observaciones que hace sobre la lógica, siendo de notar que la señala como objeto propio las nociones segundas, que coincide con lo que los escolásticos apellidaban entes de razón, y términos de segunda intención: «La lógica, escribe, no considera las cosas según existen realmente y en sí mismas, sino solamente las formas generales del pensamiento, bajo las cuales son concebidas por el espíritu. Para hablar como la escuela, la lógica no se ejercita sobre las *Nociones primeras*, sino sobre las *Nociones segundas*».

Al tratar de la inducción, Hamilton observa oportunamente que esta palabra puede «designar tres cosas muy diferentes: 1.º, el método objetivo de investigar los hechos particulares, como base preparatoria de la conclusión; 2.º, una conclusión material de lo particular á lo general, garantizada, bien sea por las analogías generales de la naturaleza, bien sea por presunciones particulares suministradas por la materia misma de una ciencia real cualquiera; 3.º, una conclusión formal de lo individual á lo universal, legitimada solamente por las leyes del pensamiento, y haciendo abstracción de las condiciones de toda materia particular». Según Hamilton, la inducción únicamente pertenece á la lógica, considerada ó tomada en el tercer sentido de los indicados.

Hamilton, al poner de relieve la importancia de la lógica, establece y prueba que ésta es una verdadera ciencia, con cuyo motivo rebate de paso las afirmaciones de Whately y de Bentham, que achacaban á los escolásticos la opinión de que era arte solamente. Todo al

contrario, replica Hamilton: los escolásticos se dedicaron con una unanimidad sin ejemplo á probar que la lógica es una verdadera ciencia (1), y la afirmación de los dos escritores citados es un lugar común que no merece contestación.

En la segunda época de su vida filosófica, Hamilton amalgama y combina la doctrina de la escuela escocesa con el criticismo kantiano, y, sobre todo, con las ideas y tendencias positivistas de Hume, á quien apellidaba el padre verdadero de la Filosofía moderna (2), en sus diferentes y más importantes ramas. En este concepto, ó sea á causa de la mayor aplicación que hizo á la escuela escocesa de las ideas y tendencias positivistas de Hume, Hamilton representa, hasta cierto punto, la transición de la escuela escocesa á la escuela psicológico-positivista de los Bain y los Spencer.

(1) Por cierto que no es esta la única ocasión en que el filósofo escocés salió á la defensa de los escolásticos, rechazando con energía las acusaciones contra ellos lanzadas por la ignorancia y la preocupación. Habiendo incurrido en este defecto el ya citado Whately, Hamilton le sale al encuentro en los siguientes términos: «Il a été long-temps de mode d'attribuer toutes les absurdités aux scolastiques, et ce n'est que lorsque un homme de talent comme le docteur Whately imite l'exemple des autres qu'une réponse devient nécessaire. Les scolastiques (à l'exception toujours des hommes excentriques, tels que Raymond Lulle), eurent sur le domaine de la logique des notions plus exactes que ceux qui les méprisent aujourd'hui sans connaître leurs ouvrages » *Fragments de Phil.*, pág. 223.

(2) He aquí cómo se expresa en sus *Lecciones sobre metafísica*: «Hume fué la causa ó la ocasión de todo lo que tiene algún valor en nuestros recientes trabajos metafísicos. Hume es el padre de la Filosofía de Kant, y, por el intermedio de Kant, de toda la Filosofía alemana: es también el padre de Reid, de Stewart en Escocia, y de todo aquello que se distingue por mérito sobresaliente, ora en la Filosofía francesa, ora en la italiana.»

Y es esto de tal manera exacto, que hasta la teoría asociacionista, que representa y constituye, como es sabido, uno de los elementos fundamentales de esta última escuela, se encuentra *quoad substantiam* en Hamilton. El cual en sus *Elementos de la Filosofía del espíritu humano*, lo mismo que en su *Bosquejo de Filosofía moral*, enumera siete clases de relaciones posibles entre las ideas, añadiendo después que estos siete fundamentos y modos de asociación pueden condensarse ó resumirse en dos leyes, que son la ley de la *simultaneidad* de los pensamientos, y la ley de la *semejanza* ó afinidad.

Allí enseña también, preludiando á los modernos cultivadores de la psicología fisiológica y materialista, que «el yo es el conjunto de los estados de que se tiene conciencia». Allí afirma también que «todo conocimiento es relativo», y que «la Filosofía, si no es la ciencia de lo absurdo, es la ciencia de lo condicionado» ó finito. Sin embargo, Hamilton, como Spencer y algunos otros, deja la puerta abierta á una especie de Dios desconocido, —*ignoto Deo*,— que decía San Pablo á los atenienses; «el dominio de nuestra fe, escribe, puede ser más extenso que el dominio de nuestro conocimiento».

Bien es verdad que esta transformación de la doctrina escocesa en doctrina positivista, principalmente en el terreno de la moral, venía ya preparada y como preformada en los escritos de los más antiguos representantes de la escuela escocesa. El mismo fundador de ésta, Hutcheson, escribía ya en el primer tercio del pasado siglo, que sólo «el estudio severo de los diversos principios ó diversas disposiciones naturales de la hu-

manidad, semejante al estudio de un animal, de una planta ó del sistema solar, puede producir una teoría moral más sólida y más durable» que la que se funda en los principios generales de la razón y de la metafísica.

Adam Smith, escritor que en el terreno concreto de la Filosofía moral merece ser considerado como uno de los principales representantes de la escuela escocesa, decía también que la malicia moral, inherente al asesinato, depende y nos es conocida por el horror instintivo que nos inspira, y no por su desconformidad ó repugnancia con alguna ley ó regla general. Y en confirmación de esta idea, añadía: «En los casos particulares de acciones buenas ó malas moralmente, no aprobamos ni reprobamos originariamente tal ó cuál acción, porque, después de haberla examinado, la hayamos encontrado conforme ó contraria á esta ó aquella regla general, sino que establecemos la regla ó ley general, según que por medio de la experiencia juzgamos que todas las acciones de cierta especie y revestidas de tales ó cuáles circunstancias son aprobadas ó reprobadas».

No hay para qué decir que estas ideas del autor del *Tratado de los sentimientos morales*, no distan gran cosa de las teorías morales profesadas por las escuelas positivistas contemporáneas, y principalmente por la inglesa. Así es que Hamilton sólo tuvo que acentuar y desenvolver algo las ideas de sus correligionarios escoceses para verificar la transición de una á otra escuela.